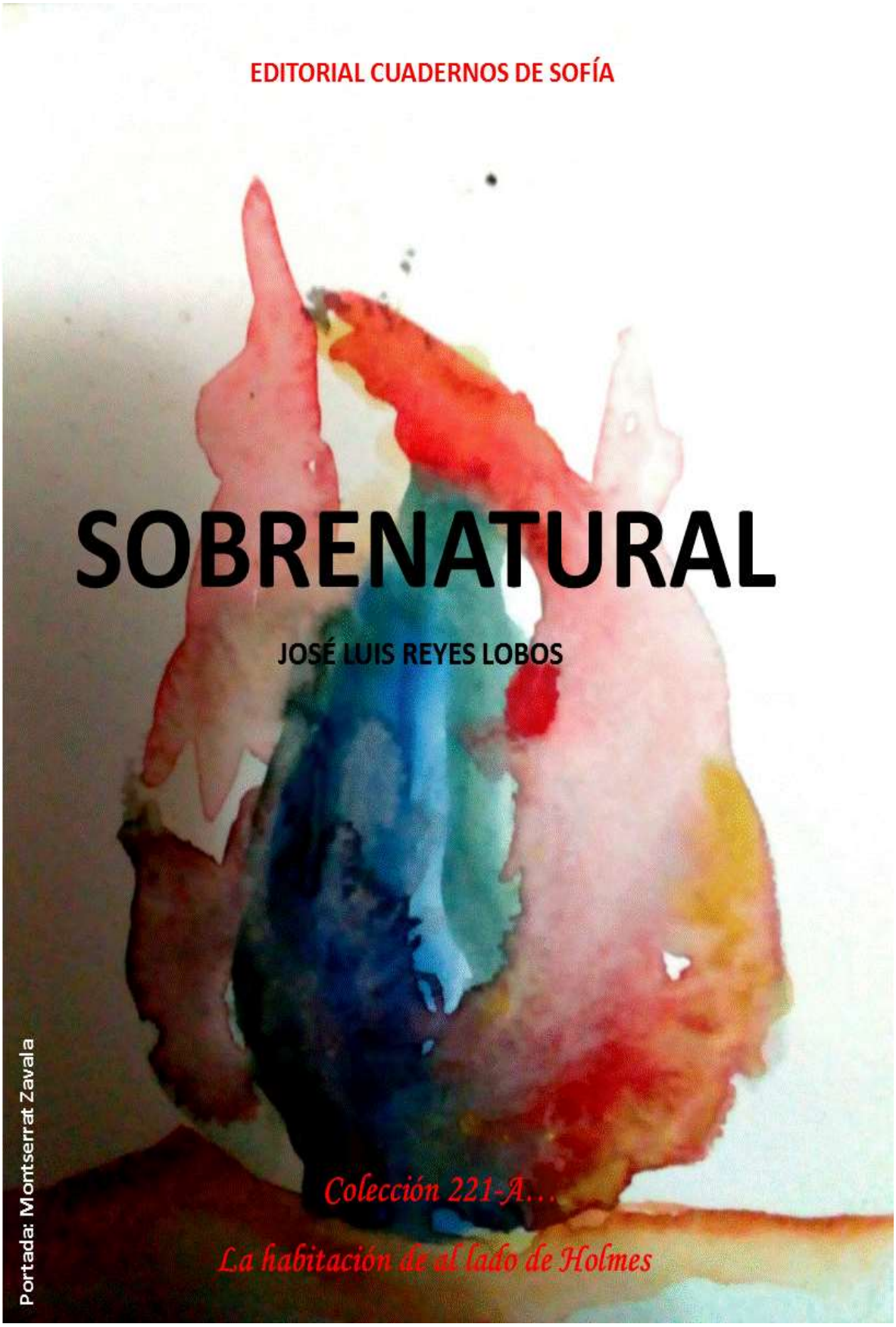
EDITORIAL CUADERNOS DE SOFÍA



SOBRENATURAL

JOSÉ LUIS REYES LOBOS

Colección 221-A…

La habitación de al lado de Holmes

Portada: Montserrat Zavala

CUADERNOS DE SOFÍA
EDITORIAL

SOBRENATURAL

JOSÉ LUIS REYES LOBOS

Ilustraciones

Montserrat Zavala

Colección
221 A… La habitación de al lado de Holmes
2018

Sobrenatural
José Luis Reyes Lobos
ISBN: 978-956-9817-10-6
Primera Edición Abril de 2018

Portada y Contraportada e Ilustraciones
Montserrat Zavala
Cuadernos de Sofía

Editorial Cuadernos de Sofía
www.cuadernosdesofia.com

Referencia del libro: Reyes Lobos, José Luis. (2018). Sobrenatural. Cuadernos de Sofía, Santiago, Chile.

SOBRENATURAL

JOSÉ LUIS REYES LOBOS

Ilustraciones
Montserrat Zavala

“A la memoria de mi padre,
A la salud de mi madre
Y en honor de todos aquellos que haya ofendido,
pido mil disculpas de todo corazón”

ÍNDICE

Prólogo de Lucila Gutiérrez Santana	06
El barco	07
Shanghai	10
La recepción	15
El asesino	19
Naves	21
La vendedora de diarios	26
Hipnosis	28
Amor	31
Angie	33
Aladino	36
Cosas de la vida	39
María Repollo	41
Con la frente en alto	44

PRÓLOGO… MÁS ALLÁ DE LO NATURAL

Lucila Gutiérrez Santana

"El mundo cambia en un instante y nacemos en un día"
Gabriela Mistral

En diferentes culturas el trece es un número de mala suerte, para José Luis Reyes Lobos es un buen número ya que apuesta por él al presentar trece textos, trece historias, trece momentos ubicados principalmente en la dilatada geografía de Chile, "Sobrenatural" es el nombre de la obra que incluye doce narraciones y un pasaje poético; entre sus páginas encontraremos palabras con una identidad inconfundiblemente chilenas, como carabineros (Policías), chata (Bacinica), lápiz bic (Pluma), ampolleta (Foco), curao (Borracho), hallulla (Un tipo de pan), basural (Basurero), momios (De ideología de derecha), cuéa (Suerte) y copihues (Flor nacional).

Las historias van desde un polizón involuntario, terremotos, tsunamis, una fiesta nazi, un perro asesino, un viaje en una nave extraterrestre, hipnosis, trata de personas, migración, explotación laboral y bulling.

Ya sea abordando la ciencia ficción o la fantasía, en al menos tres de sus cuentos está presente la impronta del golpe de estado de 1973, el 11 de septiembre Chileno, "Con la Frente en alto" da cierre al trabajo, es el texto más extenso y nos pone en el mismo centro de Santiago en ese día infausto, podemos sentir la angustia de Vicente, su protagonista, al verse atrapado, de un momento a otro, en medio de la locura revanchista; en "Hipnosis" se deberá utilizar este recurso para escapar de un destino obscuro y en "La vendedora de diarios" una mujer parece inmune al paso del tiempo mientras cumple su tarea de ofrecer el periódico todos los días, a pesar del gas lacrimógeno, a pesar de sus familiares desaparecidos, a pesar de todo.

Los niños son crueles y "María Repollo" puede dar cuenta de ello, ella es un ejemplo de algunos de los personajes que habitan entre las líneas de José Luis Reyes Lobos, personajes universales en muchos casos, pues ¿Qué ciudad no tiene a sus propios "locos"?, ¿En dónde la migración ilegal no se ha vuelo un problema? ¿Cómo pueden sobrevivir los trabajadores a la sobreexplotación laboral? ¿Cuándo se estará libre de la trata de personas? "María Repollo", "Cosas de la vida", "Aladino" y "Angie" relatan historias de obrero, policías encubiertos, auxiliares de autobuses y migrantes haitianos que deben enfrentarse a la realidad de un país largo y ancho que convive día a día con la segregación, la discriminación y el racismo.

Presente en la realidad chilena, desde Arica hasta Punta Arenas, se encuentra la naturaleza sísmica del país, Valdivia y Concepción han enfrentado poderosos terremotos y tsunamis, también Arica, Santiago y numerosas ciudades y pueblos han sido movidos por la fuerza tectónica que se encuentra bajo los pies de los chilenos, el tema se aborda en los cuentos "Shanghai" y "Naves".

Estamos ante un libro que, con palabras sencillas, si grandilocuencia, nos acerca a un país que cada vez está más presente entre los mexicanos, no sólo por la migración, sobre todo por la amistad.

El Barco

Bajamos con cierta rapidez, algo de bullicio y ansiedad por la angosta vereda de bloques grises rayados y descoloridos cuidando de no marcar nuestra ropa en la cal, con que fue pintada la blanca pared a nuestra izquierda, que protegía grandes estanques de combustibles Esso en su perímetro.

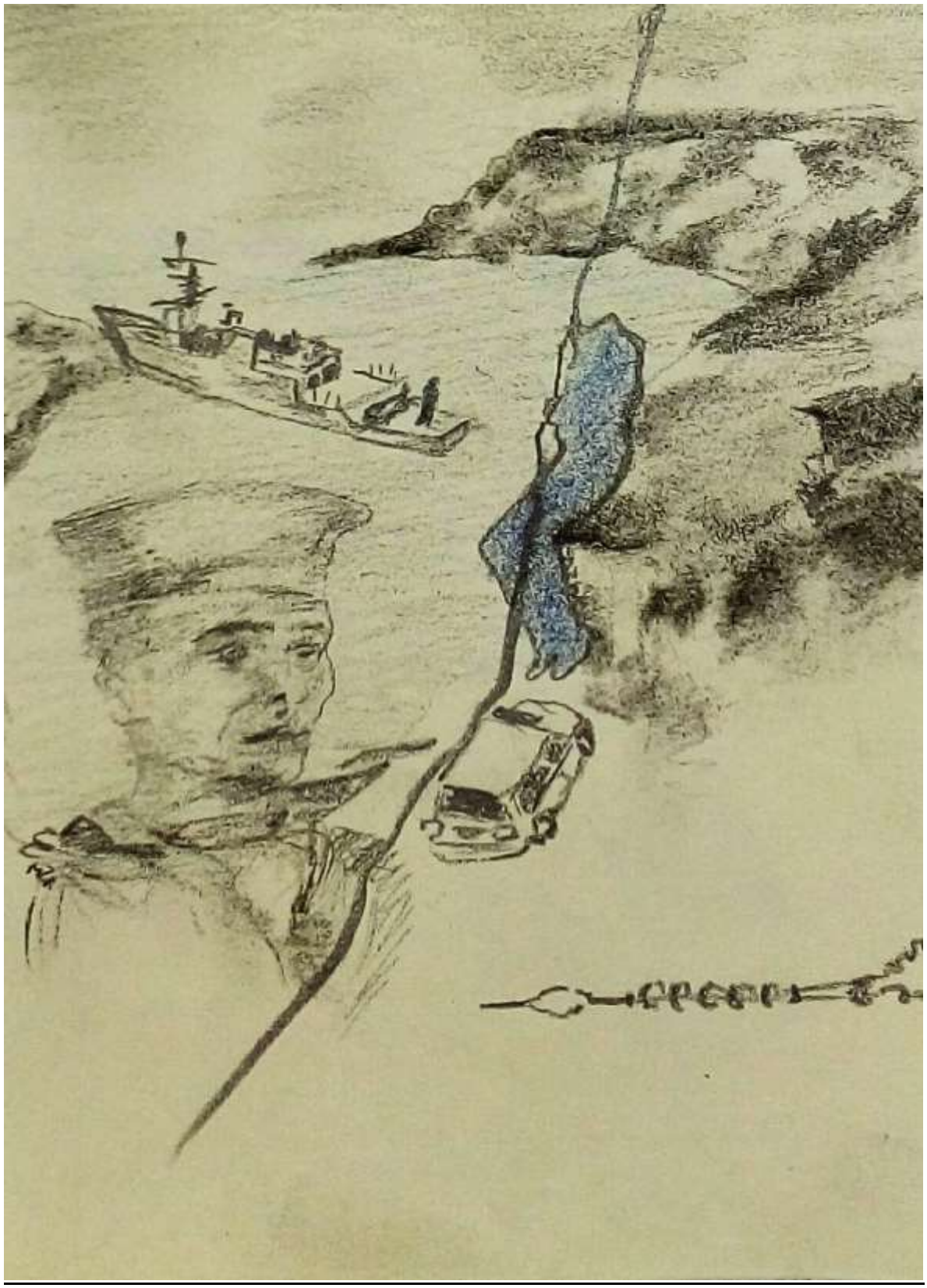
Los estanques son peligrosos decían los adultos, imagínense si explotan, no quedará nada a la redonda de unas 20 cuadras. Muchas veces recorrimos este mismo camino, llegando a la esquina, cruzaremos la calle y veremos el farellón, una caída, un desnivel de unos 50 metros que en pronunciada pendiente era el camino más corto para llegar a "Puertecito". Lo complicado del trayecto eran los enormes y añosos eucaliptos que crecían contra la gravedad en toda la pendiente conformando un extraño e inusual bosque que según algunos era refugio de delincuentes y borrachos, abusadores de niños o violadores decían otros lo cierto es que bajando con dificultad, un viejo colchón que parecía ser el lecho piojoso de alguien, se adhería a la pendiente mientras descendíamos por el sendero ondulante que llegaba abajo hasta la calle principal. En ella, vehículos corrían velozmente en ambos sentidos. Cruzando la calle estaría "Puertecito" y el embarcadero. Una soga anudada entre los árboles que estuvo allí por años servía de liana, como en una película de Tarzán de los años 20 y parada obligada de la caravana para jugar unos minutos. Lanzarse asido de la soga al vacío como el péndulo de un reloj mirando los autos bajo tus pies puede ser peligroso para cualquiera, menos para un niño travieso.

Todos a dejar a nuestro amigo, treinta años después cruzamos la calle como siempre y llegamos al embarcadero donde botes colorinches subían y bajaban al compás del vaivén del agua verde que parecía respirar acompasadamente entre los pilares y la rejilla de fierro mohoso que conformaban el viejo embarcadero de "Puertecito". Las olas hacen un ruido que pareciera ser una canción de cuna que nos invita al sueño por la noche y, tiene el mar un olor característico que hace que quienes hemos vivido toda la vida cerca no podamos prescindir de él.

Esa mañana como siempre fría, el sol luchaba por salir entre las nubes y bajo él encaminamos al amigo por el muelle para embarcarse en aquel gran barco de guerra que casual y coincidentemente recaló en nuestra ciudad. ¡Qué suerte de este marino!, venir desde Valparaíso a ver a sus padres y hermanos y que el barco lo pase a buscar, comentábamos entre risas todos con nuestra ropa de domingo impecable, excepto yo con mi indumentaria de siempre pantalón gris, cortaviento azul y un negro sombrero de golf.

Mi amigo se presentó a sus oficiales y lo perdimos de vista entre silbatos, ruidos de motor, vapores y órdenes a voz en cuello. Poco a poco entre los familiares y visitantes que pululaban en la cubierta nos fuimos despidiendo y perdiéndonos de vista los amigos de juegos de la infancia.

Caminé extasiado por el mar, la embarcación y los visitantes estrechados en abrazos de despedida, mientras el viento oloroso y salino mecía la cubierta y el ronronear de los motores anunciaba la inminente partida. Caminé sin saber como admirado por la vida en el mar ¡Que buena vida debe ser esta!, una vida de aventuras y viajes siempre con amigos en este hogar flotante y sin darme cuenta como bajé varias cubiertas, recorrí algunas salas de la nave y llegué a la sentina donde se unen las dos grandes planchas de acero formando un cuchillo que cortará al mar en la travesía. Agua negra mezcla de mar, aceite y grasa brota desde el fondo del barco y baña acompasadamente la pendiente de una pequeña salita improvisada en los recovecos metálicos. Antiguos bancos de trabajo de madera tan antiguos como el barco mismo se alinean en dos filas junto a fierros y herramientas, el infaltable olor de la soldadura al arco satura el aire viciado de humedad y carente de oxígeno. Los motores parecen ronronear más fuerte y ya no se ve tripulación ni visitantes, tampoco puedo ver hacia fuera y solo una tenue luz entra por un ojo de buey. Nadie me ha dicho ni una palabra, tampoco nadie me detuvo. Al parecer el color de mi ropa es demasiado parecido a la que usan los tripulantes, y ellos demasiado ocupados con las faenas de zarpe como para notar la diferencia. El barco parece moverse y un aire tibio recorre las dependencias de la nave señal inequívoca de que los motores trabajan más. Subí las escaleras con un nudo en el estómago mientras veo que el barco se empieza a alejar del muelle, intento protestar,- ¡no le avisamos! , ¡Pensamos que era de la tripulación!,- dice un joven marino ¡ya no podemos volver! En todo caso ya lo “aporcionamos” dice con risa socarrona. ¿Cuándo pueden dejarme en tierra? Pregunto, ¡Navegaremos cinco días! Mientras, preparan sonrientes las más viles tareas para mí durante el trayecto. Sin meditar aún a que puerto llegaré, digo para mis adentros… al menos… mañana no tendré que ir a trabajar.



SHANGHAI

Shanghai tiene un clima extraño, con inviernos fríos y veranos cálidos y húmedos.

La hermosa joven China de blanca piel de porcelana enjugaba en sus rosadas mejillas algunas lágrimas que salían de sus hermosos ojos negros oblicuos y asiáticos con un pequeño pañuelo de simple tela, adornado con rojos bordes de hilo de seda para formar el dibujo de una flor tan bella en su simpleza como lo era ella misma.

Llenó sus pulmones de aquel aire frío y húmedo de invierno en una profunda inhalación que pareció interminable y acercándose a la ventana llena de escarcha, empañó el cristal con el vaho que al exhalar escapaba de su menuda figura hasta no dejar ver el campo tras el cual se erguían los majestuosos edificios de la perla de Oriente, que intentaban vanamente contener la neblina que avanzaba lenta desde el muelle cubriéndolo todo. Su pequeño y suave dedo dibujó en el cristal una pequeña esfera en la cual sus ojos se posaron sin destino vacíos y su hilillo de voz se transformaba casi en un quejido para decir ¡No puedo casarme con el hombre que pensaba que era para mí ! , él es muy apegado a su madre y ella no me acepta como su nuera pues, aunque estudio no tengo aún un trabajo estable.

Sus dedos menudos, finos y gráciles se deslizaban con prisa por el teclado de su laptop y su relato cruzaba en forma instantánea dos tercios del mundo a través de la web, desde la ciudad luminosa que nunca duerme hasta el mediodía de la irregular costa de aquel país montañoso y largo como una espada en el borde occidental de América del sur.

Las letras fueron tomando forma en la pantalla del computador del joven oficial que al interior de la caseta militar camuflada de verde café y negro para confundirse con el terreno, leía el relato con un nudo en la garganta al otro lado del mundo. ¿Qué hora es en Chile, inquirió ella hundiendo las teclas con femenina y sensual fuerza? Es el mediodía digitó el joven, me quedan aún doce horas de guardia, ¿y en Shanghái?… Medianoche me quedan aún varias horas de sueño y deslizó una carita sonriente… ¿Qué diferencia puede hacer el dinero que va y viene frente a la felicidad de compartir con la persona que amas? Prosiguió la muchacha, mientras él suspirando dirigió la vista por la ventanilla de la caseta, la tierra ocre llena de vegetación contrastaba sobre la cubierta azul, profunda e inmensa del océano que se encontraba al frente y se impregnaba en los ojos pardos del joven oficial. Cuando se es niño, el horizonte parece interminable, infinito respondió él con parsimonia en su teclado, resulta difícil imaginar que éste termina en otra playa similar frente a la propia, donde el agua acaricia las huellas de otra gente en la inmensidad de sus vidas y quehaceres.

En el punto más alto de aquel peñón que apuntaba hacia el mar, la caseta de madera pintada con camuflaje militar tiene unas seis habitaciones de regular tamaño y, como la

proa de un barco, desde su amplio ventanal permite observar el movimiento, el paso de las naves y chequear los instrumentos electrónicos de posicionamiento. Un añoso y gran árbol corona el pequeño montículo que enfrenta el horizonte situado a unos pocos metros sobre el nivel del mar cuyo profundo color azul es matizado por juguetones destellos brillantes del sol, la espuma y el grito de algunas gaviotas que nerviosamente revolotean sobre la solitaria estación de guardia.

Hablar con Shen Yun desde su laptop le permitía romper el aislamiento del punto de observación y la soledad de una misión entendida en parte, después de registrar enjambres de sismos en los instrumentos, como proteger a la comunidad y capacitar a los vecinos en el manejo de emergencias.

El joven oficial alzó sus potentes binoculares de espejuelos rojos para evitar los reflejos y los apoyó sobre las cuencas. A través de la ventana el iris de los ojos pardos recorrió el tubo del instrumento y se posó en la línea recta del horizonte que dividía el mar del cielo, el cual se vio desde allí como una lienza del creador para levantar la construcción del universo. Un nivel herramienta de la creación.

Fue repentino, una fracción de segundo, como si se destapara una gaseosa, la línea del horizonte comenzó a hervir dentro del negro túnel de los prismáticos. El joven oficial limpió los espejuelos y los volvió a apegar a las cuencas de sus ojos, la línea del horizonte parecía hervir era blanca y extensa como si fuera el borde de una olla de leche a punto de la ebullición.

Shen Yun movió de su frente la brillante y profundamente negra cabellera con un femenino y suave gesto de su mano izquierda mientras la derecha aún no terminaba de digitar en su laptop, detuvo sus movimientos y contuvo la respiración como para escuchar mejor un ligero ruido extraño y diferente que la sobresaltó, como si se tratara de un vehículo que pasa por la calle, un vehículo pesado, un camión tal vez pero profundo y subterráneo. Alertó su oído sensible a notas suaves y dulces de la música de oriente. Le siguió una vibración, lenta pero constante que perturbó la quietud artística del florero donde cuatro varas de Mei Hua comenzaron a moverse y chocar entre sí. El agua del vaso describía círculos concéntricos ¡Espera, algo pasa! Alcanzó a escribir, mientras el ruido crecía como si fuera pasando una manada de elefantes. Fue como una explosión, de pronto todo el departamento se sacudía hacia ambos lados, hacia arriba y hacia abajo mientras platos, vasos, libros, todo caía o se doblaba. Los muebles comenzaron a danzar de un lado a otro de la pequeña habitación mientras la joven corría espantada a refugiarse bajo la mesa redonda de gruesas patas del comedor, para en cuclillas y en medio de un grito sujetarse la cabeza entre ambas manos dejando escapar hacia la frente su negra cabellera de seda. Los vidrios del gran ventanal no resistieron y con un estruendo explosivo fueron esparcidos en pedazos dentro y fuera de la habitación.

Durante noventa segundos, se desató el infierno y el caos mientras las luces parpadeaban hasta dejar la ciudad en la más completa obscuridad. Luego vino el silencio completo sólo interrumpido por algunos gritos de dolor que quebraban la noche. Una gran luna llena redonda, blanca y luminosa comenzó a abrirse paso entre las negras nubes, como intentando aliviar el dolor y el miedo de los habitantes devolviéndoles la vista, la única certeza en medio de la muerte y el caos.

La laptop tirada en el piso continuó funcionando lo mismo que la conexión inalámbrica, ella se deslizó entre los objetos caídos y trozos de vidrio hasta alcanzarla, -¡ un terremoto!- digitaron sus blancas y suaves manos, mientras un ruido diferente comenzaba a llenar la noche.

Algunos hombres y mujeres mayores en trajes humildes acudían frecuentemente a la caseta militar para regular su situación de tránsito entre dos poblados. Un par de soldados en uniforme ripstop de camuflaje firmaban y timbraban documentos sobre un antiguo mesón de pino americano cuyo barniz fue perdiéndose con el tiempo, dejando espacio a manchas de aceite y algo de grasa producto del permanente contacto con manos humanas al servir de apoyo. Un eco subterráneo fue seguido de una vibración enérgica que la superficie rocosa del peñón parecía contener y contrapesar, sólo algunos libros de leyes y reglamentos cayeron y también el micrófono del equipo militar de telecomunicaciones.

La línea blanca comenzó a ser más gruesa en el lejano horizonte y parecía aproximarse avanzando muy lenta en un frente organizado. En vano trataron los soldados de calmar a los paisanos, todos intentando salir precipitadamente de la caseta para llegar a sus hogares a ambos lados del peñón. Corrieron todos finalmente presas del pánico.

El joven oficial caminó con tranquilidad hasta el umbral de pino Oregón apoyando todo su cuerpo en el antebrazo a la altura de su hombro, en la fuerte viga de color anaranjado junto a la ventana y contempló el horizonte un par de segundos. Detrás de él unos tres peldaños de madera de alturas breves separaban el recinto ya vacío y solitario, de la vegetación color esmeralda y la pendiente plana de tierra. No divisó alturas superiores y ya no era posible correr.

En la cúspide de la colina un árbol grueso y añoso parecía ser lo más alto, mientras la línea blanca y burbujeante ya se mostraba como la enorme pared de agua que empujaría todo a su paso. Caminó con calma, trepar al árbol y sujetarse fuerte podía mantenerle con vida algunos momentos más hasta que el agua lo cubriera, o si con mejor suerte el agua lo arranca de cuajo flotará y podría salvarse.

En la completa obscuridad de la noche de Shanghái, ahora silenciosa, Shen Yun percibió un sonido diferente, como llenar un saco con piedrecillas, mientras el olor del mar se hizo

más intenso a la vez que se multiplicaba el grito de las aves marinas en la inmensidad de la noche, en la obscuridad volaban a ciegas guiadas solo por la luz de la luna.

Desde la ventana del apartamento bajo la luz de la luna, tenuemente podía percibirse el alejamiento de las aguas. Ella corrió y entre el sonido de los cristales esparcidos en el piso tomó presurosamente su laptop y un chaleco de lana mientras el corazón parecía salírsele del pecho. Subió a la terraza, al punto más alto de la azotea del edificio que solo quince minutos después fue acometido por el océano y rodeado de despojos citadinos mientras el nivel del agua subiendo con rapidez hacía vibrar la estructura de fierro y cemento.

El Joven Oficial de los ojos pardos sujeto firmemente en el árbol, observó aquella enorme garganta verde y salobre que venía con la prisa de un gran tren. El aire tibio desplazado golpeó primero su cara; cerró los ojos y su mente dictó en una fracción de segundo, señor… si vivo viviré para ti pero si muero viviré en ti... Haz como sea tu voluntad.

LA RECEPCIÓN

La mañana gris, nublada y un tanto fría hacía juego con las paredes de mármol y las altas columnas grises del Reichstag ; parado en la gran escalera de la entrada con largos y majestuosos peldaños recubiertos de mármol gris, a solo tres peldaños de la calle aguardo, por orden superior, mientras mato el tiempo y me distraigo mirando los adoquines de piedra bien alineados y nivelados de la calle que tengo enfrente, puedo ver unos metros más allá el palacio cuyo techo metálico de color casi celeste deslavado, pareciera refugiarse como avergonzado, detrás de las estatuas poderosas de los dioses germánicos que han perdido el refulgir del bronce nuevo, dando paso a opacas figuras que contemplan la triste nación en que nos hemos convertido.

Escucho a lo lejos el ronroneo del motor de un automóvil tan característico como la personalidad de quien lo aborda, ruido firme y continuo que con fuerza mueve el peso de un Mercedes-Benz 770-k oficial, largo, negro, brillante y elegante, recién pulido en forma acuciosa. Se detiene a unos cinco metros de la entrada principal y ambas puertas traseras se abren a la vez desde el centro hacia la parte posterior del vehículo. Descienden dos hombres elegantemente vestidos con trajes grises, abrigos largos de piel de camello en el tono y sombreros. Su caminata es inconfundible, aunque vistan de civil la cadencia de su caminar y al unísono les delata como militares. Tras ellos se asoma un hombre menudo con su bigote característico vistiendo traje y un abrigo negro que le cubre desde las orejas hasta casi los tobillos.

Les espero mientras se acercan para unirme al grupo y sin hablar comenzamos a subir con rapidez las escaleras del Reichstag, acompasadamente como si se tratara de mostrar precisión militar. El ruido de las botas y tacos producen un eco en las paredes en el interior del vetusto edificio. En forma audible parecieran ser muchas más personas que el número real, más reducido, las que se desplazan por el largo pasillo de baldosas rojas perfectamente pulidas y Brillantes. El sol comienza a entrar por las pequeñas aberturas tan largas como angostas como si se tratara de un palacio moro, más altas que lo necesario, continuamos avanzando en forma rápida, decidida y sin dilación. Al final de un largo pasillo enfrentamos una pequeña puerta cuyo marco dibujado de tosca y gruesa piedra es flanqueado por dos poderosas figuras caballerescas de la edad media. Justo un metro antes de ella, giré sobre mis talones en forma perfecta y sin decir palabra hice retumbar la bóveda con el eco de mis tacos golpeando fuertemente.

Introduje mi mano en el amplio y profundo bolsillo de mi abrigo y sin decir palabra, saco y extiendo un paquete de cartas oficiales que entrego a mi interlocutor Herr Adolf Hitler, quien con un gesto algo displicente los mira y por un segundo pareciera que “pesa” en su mano los sobres antes de pasarlos al ayudante a su derecha, para luego quitarse el sombrero e inclinar su cabeza para trasponer el dintel de la puerta. Al agacharse, la abertura de su largo abrigo permite divisar bajo él, el uniforme de gruesos vivos rojos.

No se adivina al decir del tamaño de la pequeña entrada el interior de la amplia y alta habitación al otro lado, en que hay muy poca luz. Los adornos lúgubres, cortinas negras y blancas muy largas que penden desde el techo, de unos cinco a diez metros de largo por unos dos de ancho, mantienen asombrados e inmóviles a los contertulios. Al inicio del coctel los asistentes caminaban rígidamente, con movimientos estudiados, casi marciales pero antes de la comida Herr Hitler en el centro de la atención profirió- ¡no vamos a estar siempre serios y marchando!- Y el ambiente se relajó bastante casi por orden superior.

Herr Hitler era un hombrecillo de mediana estatura, y de un humor bastante infantil, con un carácter dominante y solitario proclive a la adulación. Sus lecturas de Nietzsche conformaron su carácter laico y la creencia de que el hombre todo lo puede, aún lo más descabellado que se proponga. Me llama la atención y pienso para mis adentros. ¿Cómo tantos se concertan en un solo lugar para adular a una sola persona?

Durante la velada se cambia el uniforme varias veces, desde el uniforme de Führer el más conocido, al blanco estilo de la marina o luego verde fuerte con una gorra de gala prusiana a medio colocar al estilo de la primera guerra ufanándose de su pasado veterano; pareciera en su gran ego querer contentar a las diferentes fuerzas asistentes por ser consideradas en su elección de vestuario.

Esta reunión planificada y convocada como informal y fuera de protocolo tiene la única intención de ponerle en el centro de un espacio de diversión y relajamiento ante la ola de responsabilidades que desarrolla. Se me comisionó por cierto para recibirle en la puerta y hall del Reichstag donde llegó puntualmente con varios asesores, vistiendo abrigo negro largo y gorra militar pero al interior de la pequeña habitación donde finalmente permanecí estaba lleno de jolgorio y entre algunas copas de más se le expuso en confianza una serie de maquetas de distinciones que serán producidos en serie. Estas distinciones están fabricadas en azulejo alemán de color negro y blanco conmemorando las victorias militares logradas gracias a su conducción, según su círculo de cercanos.

Uno de ellos era una especie de rompecabezas de azulejo con piezas blancas y negras y piezas que encajaban entre sí para formar la figura de un victorioso tanque, un Panzer entrando a una ciudad sobre los escombros enemigos, a ambos lados de la figura principal se distingue una esvástica a la izquierda y el símbolo de las “SS” a la derecha. El otro era un óvalo plateado probablemente de plata con el mismo motivo del Panzer pero más bien al estilo de un reconocimiento para ser colocado sobre un escritorio o en un marco.

Me senté a su lado en un ángulo de unos 90 grados en una sobria mesa de varios metros de largo aunque llena de comida, unas cincuenta personas cabían en esa sola mesa que era una de varias similares. Su risilla destemplada de complacencia frente a la adulación hacía pensar en el estado de su mente.

Se le había preparado una elegante aunque pequeña sala detrás de la cabecera de mesa del comedor por si en algún minuto decidía quedarse con alguna bella y voluntaria aduladora. Mi compañera de silla de unos 18 años deslizó en la conversación haberse preparado desde algún tiempo para la ocasión ya que "quería perder la virginidad" esa noche con el fuhrer y realidad mi condición de funcionario del estado alemán y los malos tiempos que se viven me puso también, como a otros, en su esfera de interés. Mis ocupaciones con el protocolo de esta informal recepción no me permitieron atender sus intenciones, pero una vez que dejé a Hitler volví a buscarla y la hallé bajo un gran pódium donde su madre la instaba a que por último la perdiera conmigo, ya que al parecer el Führer no mostró gran interés. En mi condición de funcionario de menor rango, no podía arriesgarme a usar públicamente las instalaciones del Reichstag preparadas para herr Hitler, por lo que mientras se dejaba caer una llovizna la llevé por una salida de servicio para caminar fuera y tomar un taxi con otro destino.

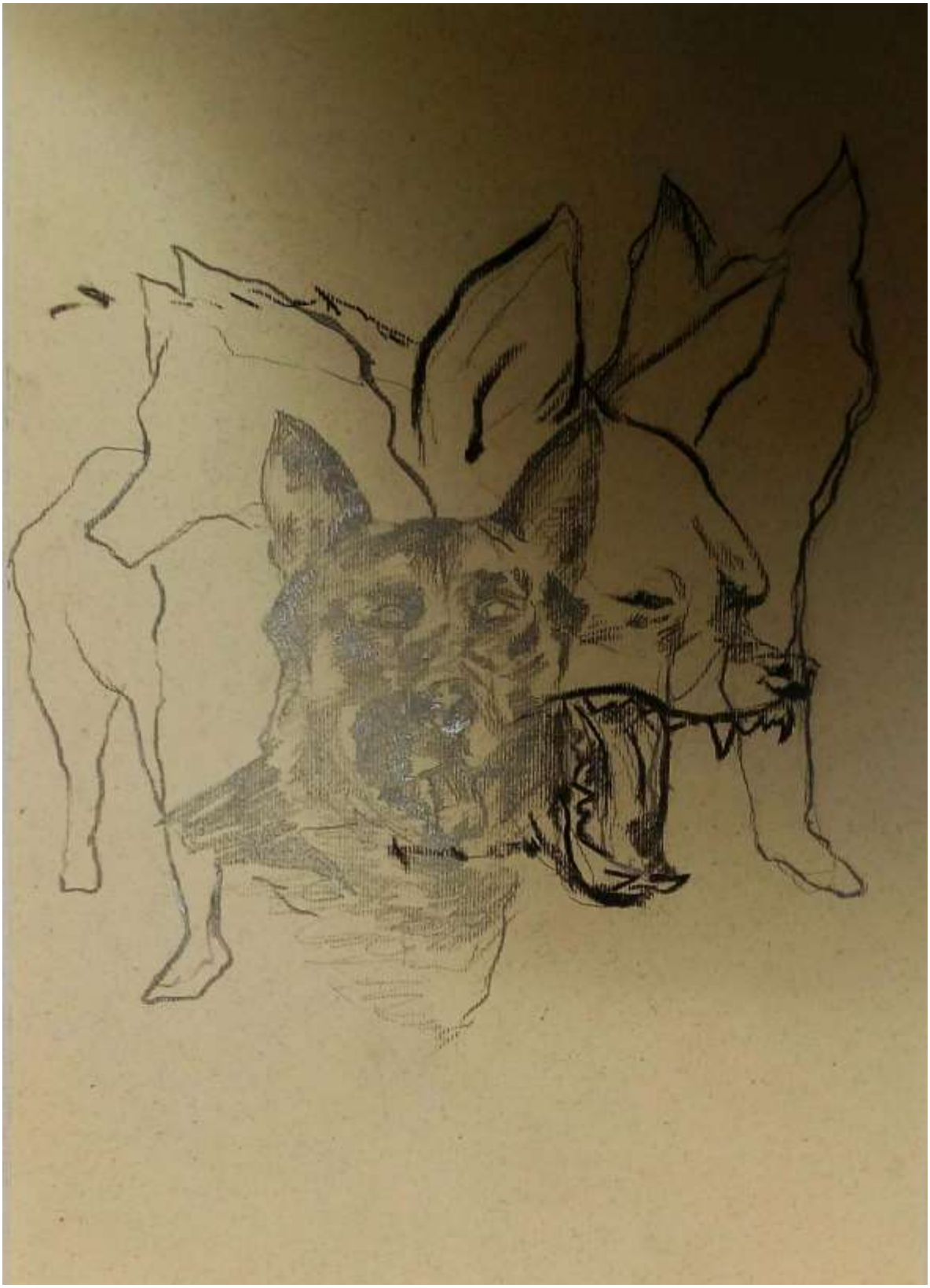
Un grupo grande de hombres de las S.A. ocupaba desordenadamente la calle y enfrentados con otros manifestantes en ese momento, propinaban golpes de palos a los transeúntes en forma indiscriminada. Ella recibió un golpe en el tumulto y con algo de sangre en la cabeza regresamos rápidamente al interior del vestíbulo del Reichstag subiendo las escalinatas donde había mucha sangre de gente que resulto golpeada y buscó refugió allí.

En medio del desorden se interpuso la muchedumbre entre mi amiga y yo, y perdiéndola de vista, terminé comiendo solo en una calle estrecha, rodeada de vetustos edificios llenos de adornos en su arquitectura café claro propio de la época del imperio alemán, en un antiguo y tradicional restaurante de parroquianos que frecuentaba a diario a algunas cuadras del edificio del Reichstag, cerca del río donde mis amigas, las hermanas de atuendo holandés parecían querer aplacar a los dioses entre las exquisitas preparaciones y olorosos vapores de todo tipo de peces preparados al estilo de la cocina popular.

EL ASESINO

Onur el tierno cachorro peludo y suave, con ternura infinita por los niños y amor por sus amos movía la cola al compás de su cuerpo mientras parecía que sonreía. En pocos meses se transformó en un gran perro juguetón y alegre.

Con la complicidad de aquella obscura noche acosó a su presa, liderando la jauría de tres que a su espalda cerraban todos los posibles escapes. En un minuto congelado en el tiempo, pude ver el éxtasis reflejado en un brillo de relámpago en sus gélidos ojos de muerte mientras a sus pies yacía el cuerpo tibio del gato que contemplaba con satisfacción extrema. Los otros perros esperaron a prudente distancia que presentara su triunfo con reverencia casi ceremonial. El gato aún tendido en el suelo, respiró un par de veces con dificultad antes de exhalar, mientras Onur desafiante clavó su mirada en mí cual si fuera un reto, seguro de que no podría arrebatarle su victoria.



NAVES

Caminé hasta el pie de la colina de enérgica pendiente a cuya base se inicia un serpenteante y empinado sendero tapizado de maderas rústicas, el cual subí dificultosamente hasta el hermoso mirador. Al final del recorrido, una amplia abertura se recorta en el piso de aquella atalaya de tablones para entrar a la torre, desde donde di una lejana y profunda mirada al paisaje, desde la parte más alta contemplando por unos instantes los nevados cerros que se yerguen al poniente de aquel pueblo austral y su cordón colindante.

Las maderas nobles de bosque virgen que estructuraban casi al azar su barandal se habían vuelto grises con la inclemencia del viento y de la lluvia brindando un tosco apoyo para evitar caer, durante trayecto hasta la parte más alta de aquel cerro de color verde cercano al negro, revestido de arbustos y árboles frondosos originarios del sur de Chile de donde emanaba el olor característico de la húmeda tierra de hojas. Aunque el cielo estaba gris el frío era aún agradable en la cara aunque mi cuerpo estaba protegido por mi parka.

Mientras observo el paisaje a la distancia, el crujir cadencioso de los gruesos peldaños de tosco ciprés señala positiva e inequívocamente que alguien está subiendo, en forma lenta y calmada por lo que giro a medias mi cuerpo para mirar el boquete de acceso por donde deberá aparecer primero la cabeza y el rostro de quien sube. Una extraña y gran calma me invade y las hojas movidas por el viento quedaron de pronto estáticas como el cuadro congelado de una película, el viento y los pájaros cesaron su ruido y ya no hay frío. El tiempo parece haberse detenido. Los punteros de mi reloj ya no avanzan.

En una sensación extraña de sopor casi hipnótico, mi sentido de alerta se redujo a una expresión mínima y lo que hubiera sido un hecho extraordinario, ni siquiera estuvo cerca del asombro al ver emerger por la escotilla una figura delgada y alta de aspecto humano, pero transparente como si se tratara de una ameba. Al terminar de subir los escalones, una segunda figura más pequeña de rasgos femeninos comienza a aparecer caminando hasta el último peldaño, se puede ver a través de su piel carente de cutícula una pequeña luz a la altura del diafragma y algunas líneas muy delgadas de luminosidad azul, amarilla y púrpura como si fueran conexiones o venas que parecen extenderse hasta desaparecer en dirección a las extremidades de su cuerpo.

- ¿Por qué me miras?- Exclamó “El” sin mover los labios y sus palabras resonaron dentro de mi cabeza, mientras desde sus espaldas “Ella” escrutaba mi figura, complexión y vestimentas sin hablar y con una suave mirada que denotaba profunda compasión. No pude moverme ni correr, estancado en el tiempo mi cuerpo no me respondía. Solo podía ver y solo podía oír aquellas palabras en mi mente.- ¿acaso han creído que son los únicos aquí?-…- ¿No te parece extraño que teniendo la tierra millones de los que tu llamas años, la humanidad solo haya aparecido hace algunos miles?… Mi pueblo en cambio está aquí

desde que la tierra se formó y podemos ocupar para vivir, aguas dulces o marinas, o bajo la tierra húmeda como esta Patagonia y al igual que ustedes hemos sido parásitos de algunos animales. Muchas "humanidades" y dentro de cada una muchas civilizaciones han pasado desde que estamos aquí; Ellas tienen sus albores, se desarrollan, alcanzan la culmine de su creación y luego se autodestruyen, así cada humanidad, así cada civilización.

Mi pueblo se ha hecho visible a veces, cada cual es libre de dejarse ver cuando lo desea. Aunque a ustedes nosotros habitualmente los vemos, no les tomamos en cuenta, solo... están ahí como parte del entorno y les dejamos ser. Otros de los nuestros son reservados y caminan entre los humanos evitándolos e ignorándolos. Eso sí, les respetamos y tratamos de cuidarlos desde que aparecieron hace miles de años, al menos mi raza, los que son como nosotros. A veces solo intervenimos en accidentes inminentes para salvar sus cortas vidas, pero a veces simplemente no hay ninguno de nosotros cerca o bien solo dejamos los acontecimientos en sus manos para que puedan aprender.

Nuestras naves son de un material tan etéreo que no pueden ser vistas al contacto con el aire, como lo sería una ameba en un vaso con agua, dejando también invisible lo que contenga en su interior, ellas pueden elevarse y bajar sin ruido a velocidades que no creerías pues son infinitamente más livianas que lo que ustedes llaman atmósfera. Podemos descender en cualquier punto de una ciudad poblada en pleno día y mirar a las personas hacia afuera sin ser vistos, este material puede ser atravesado por cuerpos sólidos, como nuestros cuerpos, que permiten desplazarse entre un grupo de personas de la misma manera.

Caminamos unos pasos hacia la frondosidad de algunas lengas y coigües donde "El" y "Ella" indicaron con sus dedos índices a corta distancia, una especie de burbuja cuya transparencia la hacía casi imperceptible entre los arbustos. Atravesé su masa gelatinosa hasta darme cuenta que estaba en el interior de la nave, no había nada, ni controles ni lucecillas, nada salvo la sensación de estar en una especie de imperceptible pecera.

Desde abajo emergió una especie de tentáculo como los que algunos peces tienen a manera de bigote. Te mostraremos como funciona, -¡pero sufro de vértigo!!... protesté en mi mente,-. Es fácil.

"Él" apoyó su mano transparente con reflejos azulosos a veces, en aquel apéndice y sin el menor ruido nos elevamos lentamente al comienzo, hasta alcanzar velocidad en el aire hasta la siguiente ciudad, ubicada a ciento veinte kilómetros lo que tomó unos dos segundos terrestres. No experimenté vértigo alguno ni síntomas de la aceleración por estar incorporado a la masa gelatinosa como parte de ella, como un feto en el vientre de su madre -Te diré lo que viene, podemos ver sucesos antes de que llegue lo que ustedes llaman tiempo-, se apoyó nuevamente en el único apéndice visible y comenzamos a

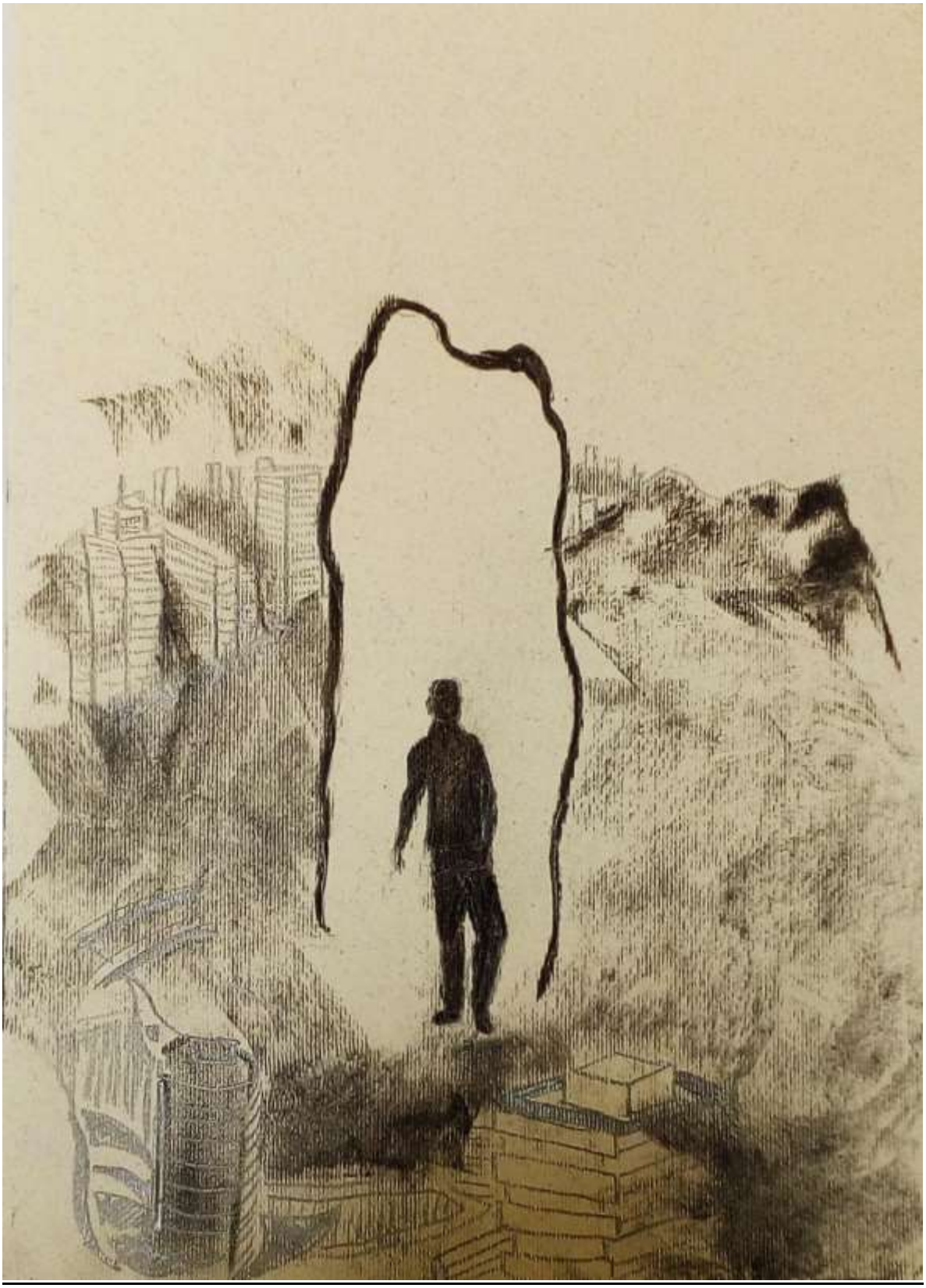
ascender -este bastón no solo funciona por movimiento, se acopla a tu mente y puede leer lo que necesitas que la nave haga-.

Nos posamos lentamente sobre la plaza pública de una ciudad pequeña de la costa, la gente camina cada cual absorto en sus tareas y problemas, pasan incluso rozando la nave a la que confunden con una ráfaga de aire, podemos ver a todos pero no somos vistos. A corta distancia una hilera de edificios bordea la delgada costanera, los que ya proyectan sobre la plaza un manto de sombra pues el sol decae y la tarde comienza a reinar entre colores y destellos anaranjados. Deben ser las cinco o seis de la tarde. De pronto el mar hace silencio, detiene su acompasado vaivén y ya no se ve movimiento de olas alguno. Es como si la orilla de la playa estuviera clavada, como una alfombra inmóvil. El centro de la verde masa de agua comienza a inflarse revelando la fuerza increíble que pronto se desatará desde el poniente. Comienza a levantarse para avanzar uniformemente no como una ola, sino en un desplazamiento del agua de unos veinte metros de altura que en segundos pasará entre los edificios para golpear el farellón costero que se encuentra detrás de ellos, borrando la plaza y la nave. La desesperación activada por mi instinto de supervivencia me lleva a asirme de esa especie de bastón de mando para intentar mover la nave. Una suave presión hacia adelante genera un corto movimiento pero no altura, un movimiento suave hacia atrás y comienza a ascender con lentitud. Necesito un ascenso rápido para pasar por encima de la pared de agua que ya se abalanza, me concentro en ello y la nave parece leerlo desde mi mente comenzando a desarrollarse una increíble velocidad de desplazamiento y ascenso simultáneo, aprieto los dientes mientras fuerzo mi mente para acelerar y subir con rapidez.

Logramos pasar por sobre la cresta de la masa de agua, y adquirir altura para continuar en línea recta a gran velocidad hacia alta mar, el agua se abalanza sobre la pequeña ciudad. Desde arriba la espalda de ese gigantesco monstruo de agua se ve llena de amplios remolinos de espuma blanca mientras perseguimos al lánguido sol sin emitir un solo ruido a una velocidad jamás alcanzada por nave humana conocida, permitiendo que el sol nunca se ponga frente a nosotros.

“Él” y “Ella” parecen complacidos. Con un casi imperceptible rictus de satisfacción, parecido al contentamiento del maestro cuando el alumno obtiene un logro.- la voz interna de "El" en mi cabeza-. volvamos a tus días… -¿aprendiste algo?- antes de poder pensar palabra “El” me interrumpe,– deben recordar que el centro de la creación son impulsos, vibraciones y la composición de cualquier materia u objeto físico existente en la tierra, vibra a niveles subatómicos. La vibración es del mismo tipo que la de una nota musical, si encontramos la nota precisa para cada materia terrestre, podemos hacer con ella cuanto queramos. Hay distintas notas o sonidos para cada propósito, cambiar su estructura interna para que se transforme en otro elemento, o que obedezca a modificaciones de forma, posición y lugar en el espacio. Todo lo creado es esencialmente una arcilla moldeable bajo estas particulares vibraciones.

El frío viento patagónico sopló con moderada fuerza desde mis orejas hacia mi cara mientras estático sobre el mirador de madera de ciprés, el ruido de una hoja que cae me sobresalta y separo mis párpados, recorro con la vista primero el suelo desde mis pies a mi mano izquierda, mi reloj avanzó medio minuto. Pude con lentitud mover mi cuerpo, mi boca está seca mientras el sol comienza a bañar mi cara, el canto de las aves nativas se multiplica y se hace más y más cercano. Inhalo profundamente y el aire llega frío y puro a mis pulmones mientras me dispongo a escuchar el crujir de los peldaños de ciprés al descender por la gris escalinata del viejo mirador.



LA VENDEDORA DE DIARIOS

Siempre la vi de medio cuerpo.
Detrás de la ventanilla pequeña y obscura del puesto de diarios.
Como en una foto de carnet.
Pasa innumerables veces ante mí
En mi niñez, en mi adolescencia, en la universidad, mientras trabajo y envejezco
Por diferentes calles, por diferentes plazas, por diferentes tiempos.
Arrastrando su carro con diarios desde la agencia, para abrir su quiosco.
Con su actitud encorvada y su mirada cabizbaja, perdida e inescrutable
Con sus ropas largas y colgantes.
Su nariz aguileña como el pico de un buitre.
Nada perturbó su rutina, su hábito de trabajo.
Mientras las consignas revolucionarias se mezclaban
Con los restos mojados de pancartas en letras rojas.
Cuando el aire picaba en la garganta
Los ojos ardían y lloraban.
Mientras los discursos se encendieron.
Mientras los soldados allanaron las casas
Mientras su familia desaparecía o marchaba al exilio.
Décadas después va con su carro a abrir el kiosco.
Con sus ropas largas y colgantes.
Su nariz aguileña como el pico de un buitre.
Como estancada e inmune al paso de los años
A los cambios del pueblo
Como despreciando el tiempo
Frente a la costanera
Con su mirada cabizbaja, perdida e inescrutable.
Inmune a sus propios cambios
Inmune a sus propios años

HIPNOSIS

Lejos de la capital, no supimos del bombardeo del Palacio de la Moneda sino casi una semana después, ese día las noticias habían cesado y solo se escucharon los bandos y música militar. La televisión que solo trasmitía en la tarde programó largas horas de series envasadas. Afuera en la calle la gente era registrada y los vehículos militares se movían con prisa en todas direcciones transportando soldados y prisioneros. Era extraño ver a los carabineros con fusiles de guerra, usaban un brazalete angosto con una flor de Liz en color verde sobre el uniforme.

Dos carabineros condujeron con vehemencia a un prisionero al vetusto edificio victoriano del hospital, en dirección al pabellón de aislamiento que estaba franqueado por un amplio vestíbulo ovalado desde el cual se accedía a las alrededor de ocho habitaciones, cada una con un solemne número en la cúspide de la alta y alargada puerta. Se iba a operar, era la estratagema que le permitiría posponer algunas horas su entrada al campo de prisioneros.

La habitación de hospital antiguo tenía unos cuatro metros de altura y paredes estucadas al yeso pintadas de verde agua. Una angosta ventana, más alta que ancha de color blanco permitía ver el patio de luz, el brillo de las enredaderas iluminadas por el sol, y percibir el incomparable olor de las plantas mezclado con tierra mojada cuando recién se ha regado.
El enfermo vestía la típica bata blanca de los hospitales, con tres nudos de mariposa por la espalda para cubrir en parte la desnudez de su cuerpo. Estaba esposado al grueso catre blanco de metal de los años treinta bajo el cual una chata llena de orines se acumulaba al pasar de las horas.

Arrimado a un costado de la ventana un amplio y cómodo sillón de mimbre de gran respaldo permitía que los dos policías se turnasen uno dentro y el otro afuera de la sala y pudieran alternadamente sentarse y descansar. Los fusiles que portaban eran impresionantes, con su cañón anti fogonazo y dos protuberancias en el vástago, un arma de guerra, que no era usual ver en la policía y que colgaba terciado amenazante sobre sus pechos.

Pasaba el tiempo y un ajado naipe español permitía al paciente jugar solitario una y otra vez en su nerviosa espera de la operación. Hasta que de pronto le señala a su guardia: –Usted cree en lo paranormal?-. La educación del carabinero se limitaba solo a sus años de escuela y su mundo conceptual no era muy amplio- no mucho respondió, pero a veces pasan cosas-., y agregó una vieja historia de fantasmas de suicidas que circulaba en su cuartel. –Cree en la hipnosis?- Preguntó, -ah, esa cuestión donde la gente después se cree caballo y esas cosas-, -si- respondió el prisionero. El rostro del policía se volvió severo- yo soy un carabinero de Chile, a mí nadie me viene con weás- profirió con soberbia.

En ese minuto hace ingreso el guardia de la puerta exterior inquiriendo –¿alguna novedad?!!-, -sin novedad replicó moviendo la cabeza a ambos lados, pero… mi sargento, este huevón dice que hipnotiza, se ríe…, mientras sujeta firmemente su fusil SIG con ambas manos y evidentes secuelas de no haber dormido. El sargento responde con otra risotada mientras se acomoda frente a una pequeña mesa de mimbre que hay en el centro de la habitación. Sin soltar su fusil y con el dedo cerca del gatillo mira de reojo los naipes esparcidos en su superficie-. Se creerá Barnabás Collins-. En alusión a la teleserie que hasta hace poco acababa de darse, donde hipnotizaban a los personajes con un reloj de bolsillo pendiendo de una cadenilla–. Sí, se puede… exclamó el prisionero-. mientras el sargento apoyaba su rígido cuaderno fiscal de novedades sobre la mesa de mimbre y reclamaba la firma de su cabo al final de la hoja con un lápiz Bic azul.

Ambos uniformados se arrimaron a la mesa de centro sentándose con dificultad en pequeños taburetes debido a sus gruesos abrigos de servicio, intentando colocar en el piso sus cascos antimotines - y después de cerrar su cuaderno, el sargento toma con la mano izquierda un antiguo ejemplar del “Clarín” sobre el cual estaba sentado y comienza relajado a llenar el puzzle. Después de fracasar en un par de intentos, arroja el diario y el lápiz al prisionero. - llénalo voh… ¿no eres profesor? gruñó. Con suma parsimonia el prisionero tomó el diario y el lápiz que había caído en la cama a la altura de sus rodillas y comenzó a llenar el puzzle consultando sinónimos a sus guardias, mientras movía rítmicamente el lápiz entre su pulgar y el índice haciendo un pequeño ruido sobre el papel, que propiciaba que la vista de sus guardias se posara sobre la hoja del periódico. Deslizo algunos sinónimos como, cansancio, sueño, dormir sin dejar de mover rápida y pendularmente el lápiz, que golpeaba rítmica y casi imperceptiblemente sobre el puzzle. A los pocos minutos el cabo dormía profundamente apoyado en su fusil SIG Y el sargento resistía a caer en los brazos de Morfeo. En esa circunstancia el prisionero solicitó -páseme la llave del grillete para completar el puzzle- señaló. Sin dudarlo, el sargento metió la mano en su grueso abrigo y se las lanzó sobre la hoja de diario antes de caer profundamente dormido mientras el fusil se apoyaba en su hombro, sobresaliendo el cañón por sobre su cuello. Con toda calma el prisionero abrió el grillete y se sentó en la cama, mientras se ponía su chaleco y los pantalones. Tomó el fusil del sargento con gran precaución y lo apoyó en la esquina de la habitación, haciendo lo propio con el del cabo.

A las 18:00 horas el turno entrante del hospital pasa ronda y reparte los remedios de la tarde. Al abrir la puerta la enfermera no vio al enfermo y… a los policías dormir apoyados el uno contra el otro mientras una ventana más alta que ancha de color blanco permitía ver el patio de luz, las plantas iluminadas por el sol y dejaba entrar una brisa que hacía danzar la sutil cortina blanca.

DORMIR
CANSANCIO
DORMIR
CANSANCIO
SUEÑO
CANSANCIO
SUEÑO
DORMIR
CANSANCIO

AMOR

Después de nuestro ataque de ira,
En breves minutos juntaste todo,
Y te llevaste tus cosas.
Lo que quedó, cupo en un pequeño bolso.
Que yo llené después de recorrer la casa buscando tus restos.
No quedó ni una huella,
No quedó ni un rastro
No quedó ni un recuerdo,
De ese periodo de tiempo
No quedó ni una huella,
No quedó ni un rastro
No quedó ni un recuerdo,
De nuestro amor eterno.

ANGIE

Claudia caminó por la acera rumbo a su casa en una modesta población de clase media. Miró hacia el frente con la atención de un águila, por ambos costados de la vereda para asegurarse que ningún auto estuviera en la acera cerca de su casa y al mismo cerciorarse de que nadie la seguía o la esperaba emboscado en las inmediaciones.

Cerca de la reja de la entrada apuró sus movimientos para sacar la llave y abrir la puerta. Cruzando el límite perimetral se dio vuelta y giró varias veces la llave cerrando rápidamente el acceso. Caminó unos diez pasos hacia la puerta de ingreso a la casa donde repitió la operación y volvió a mirar hacia afuera tras el visillo echando llave al cerrojo y colocando los dos pestillos de seguridad arriba y debajo de la puerta. En seguida, colgó su abrigo en el perchero y dejó sus llaves en el platillo de la mesita de la entrada. Caminó unos pasos cruzando el vestíbulo hacia la mesa redonda del comedor, y metiendo su mano a la cintura extrajo un revólver magnum calibre 38 al cual le quitó las balas y las depositó de golpe sobre la mesa como si fueran un puñado de monedas, abriendo la palma de la mano como intentando que quedaran fijas en la mesa.

Depositó el revolver en una cajita de cartón en el cajón de arriba del único apoyo junto a la mesa y caminó hacia la cocina tomando un tarro de leche en polvo para acercarlo al mueble de cocina al tiempo que giraba la llave del gas y encendía la cocina con la misma mano, acercando luego la tetera con agua al fuego. Subió la escalera de madera al segundo piso donde un bebé dormía plácidamente a la luz de la suave penumbra de una ampolleta espantacuco. Junto a la cuna había una nota de la nana, ”señora Claudia, me retiré a las 17:00 horas, en el refrigerador hay una mamadera preparada para más tarde, solo hay que calentarla el niño ya comió, nos vemos mañana a las 7:30”.

Aliviada con la noticia, Claudia se recuesta en su cama y comienza a repasar su día. Hacía ya varios meses que visitaba aquel discreto prostíbulo de la respetable calle donde nada se dejaba ver hacia afuera, aunque traspasadas dos columnas jónicas que flanqueaban la escalera se subía los tres únicos peldaños para ingresar a aquel edificio patrimonial de bella y señorial fachada. Una vez pasado el vestíbulo a prueba de ruidos, se accedía a una amplia sala, allí en un pequeño proscenio se podía mirar desde un anfiteatro preparado para los varones asistentes, el fogoso baile de las bellas y jóvenes muchachas desnudas, muchas menores de edad y el strip tease que realizaban en un caño.

En una sala colindante un sinnúmero de chicas esculturales semidesnudas intentaban confraternizar con los clientes, en general hombres, de amplios rengos de cultura y nivel social y concretar lo más rápidamente posible una situación de negocios, de comercio sexual.

Curiosamente había muchachas de diferentes países latinoamericanos con acentos centro y sudamericanos. Claudia ya conocía el panorama, muchas de las chicas habían sido raptadas o traídas de sus países de origen con promesas de trabajo estable y aun con matrimonios legales para posteriormente ser prostituidas, alejadas de sus lugares de origen trasladadas de ciudad en ciudad, en un itinerario de la muerte para evitar que pidieran apoyo. Violadas o drogadas eran empujadas a una vida de sobrevivencia en que el dinero era lo único importante, pagar por una noche más de vida o sufrir crueles castigos. Muchas de ellas habían hecho pactos entre sí; "La primera que logre escapar avisa a las familias de las demás", aunque era bastante improbable ya que en la trama había jueces, policías y funcionarios del estado para dar protección a este nuevo tipo esclavitud.

Se había ganado a lo largo de los meses la confianza de Eliazar, el dueño del local y como una más, bajo el nombre de Angie acudía cada noche a confraternizar con los asistentes a cambio de un supuesto "trago" que era cobrado a su contertulio a un precio exorbitante, o bien simulaba en privado el contacto sexual en coordinación con otros colegas policías.
Claudia ganaba supuestamente dinero por los tragos de unos clientes y por dormir con otros pretextando ser nueva, por lo que no se le exigían cuotas de clientes.

Después de varias semanas de investigación e innumerables trabas judiciales la policía concretó el operativo con una gran redada en la que fueron detenidos muchos cabecillas de la organización, proxenetas, apoyos, inclusive las muchachas entre las cuales estaba incluida Claudia, fue detenida y se le aplicó el mismo tratamiento que a todas, lo que implicaba inclusive pasar un mes en la cárcel femenina, mientras era llevada de tiempo en tiempo a los juicios orales bajo su supuesto nombre. Allí volvía a ver a quienes habían sido sus "jefes" y temporales compañeros de "trabajo" con quienes entre miradas cómplices y gestos de apoyo con las manos en el tribunal, se reforzaba el lazo de confianza sin delatar su condición de policía. Incluso Eleazar le guiñaba el ojo y le lanzaba besos de aprecio desde el estrado con sus manos esposadas.

Claudia no podía salir del proceso inmediatamente después de la redada, eso la delataría y estaría condenada a la venganza de aquella organización delictual. Bajo su supuesto nombre, incluso se le condenó por su participación en la organización de trata de blancas e ingresó a la cárcel por una puerta, para salir por la otra al día siguiente con su verdadera identidad, Subcomisario de investigaciones Claudia Parra Fuentes

Una vez en las dependencias de la policía de investigaciones, recibió su documentación de siempre y su arma, un revolver magnum 38 de cargador extraíble. Vestida con su traje de dos piezas y tacones se encaminó algo desorientada al metro entre la muchedumbre a disfrutar de algunos días de licencia. Con la satisfacción del trabajo bien hecho, Claudia caminó por la acera rumbo a su casa.

ALADINO

Las luminarias de Santiago comenzaron a apagarse mientras aumentaba la luz natural que luchaba por mostrarse entre las nubes grises y el smog. Una muchedumbre de viajeros caminaba con paso rápido desde las boleterías a los andenes buscando tal vez su destino. Aquella mañana fría y de llovizna, salía del terminal "Santiago" el bus de dos pisos rumbo a Antofagasta.

Aladino era de mediana contextura y con los lagos del sur de verde y húmedo follaje grabado en la retina de sus ojos de hombre de campo que muy niño emigró a la capital buscando como muchos otros, nuevos horizontes. Su nombre lo heredó de su abuelo y lo llevaba con orgullo, aunque desde la escuela rural de Curarrehue había impuesto ese respeto por la ley de sus puños. Viajaba al norte como auxiliar del bus con su pantalón negro, camisa impecablemente blanca arremangada y chaleco de terno negro, cortando los boletos y verificando que cada pasajero fuera en su correspondiente asiento.

Mientras el bus se movía lentamente hacia la ruta cinco norte a la salida de Santiago, preguntaba mientras caminaba por el pasillo, -¿va cómodo el señor?, ¿le reclino el asiento?- cerrando de golpe la cortina de brocato burdeo de la ventanilla. Luego debía servir los cafés a los pasajeros desde unos termos grandes con sifón en vasos plásticos de cumpleaños, una mísera porción que calentaba y agradecía el estómago del viajero, y repartir a continuación una pequeña hallulla con queso laminado. A partir de ese momento el viaje seguía su curso, sentado al lado del chofer atento a sus órdenes o a los pedidos de ayuda de los pasajeros.

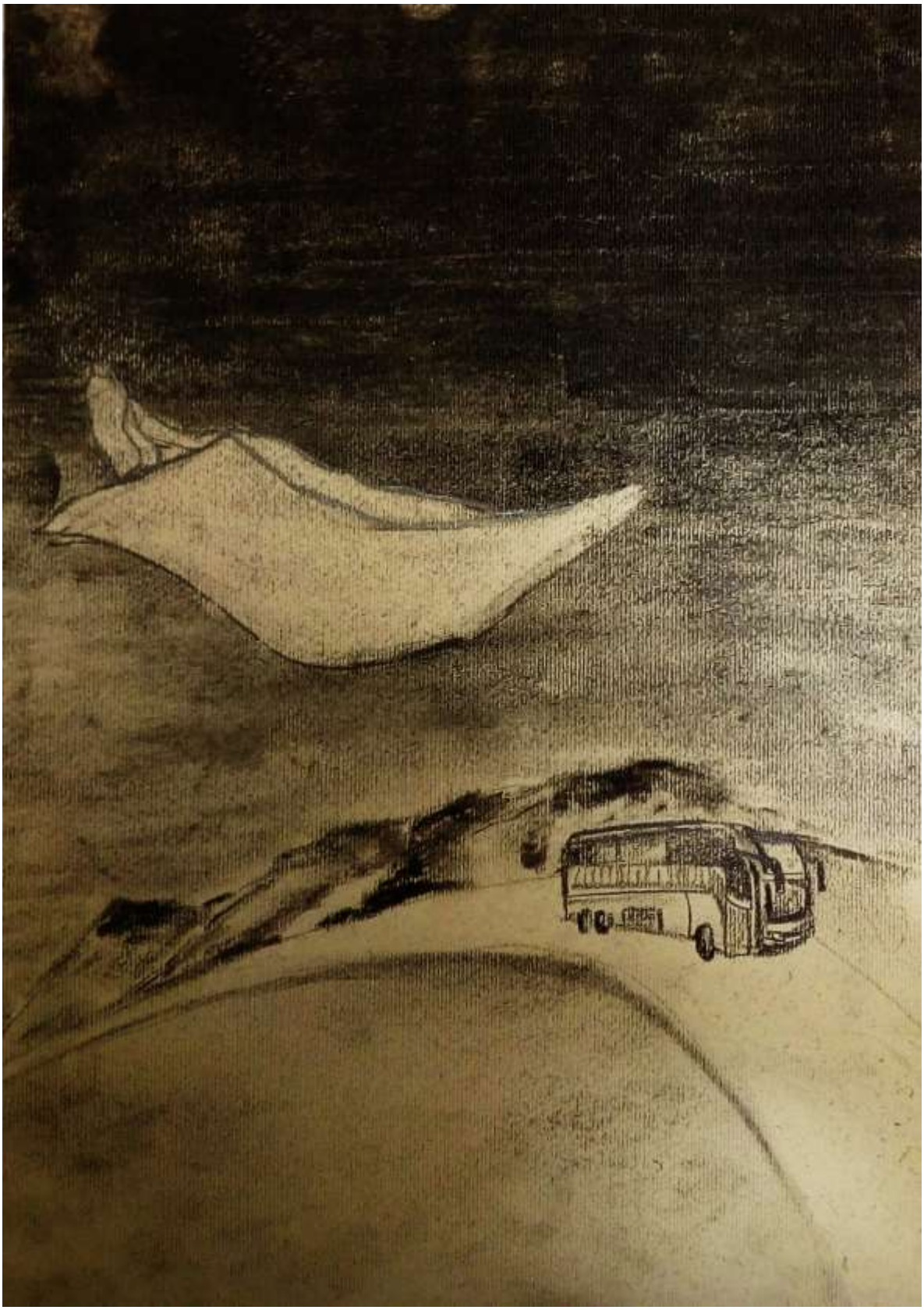
Los viajes al desierto de atacama duran unas veintisiete horas y suelen ser muy largos y tediosos. El paisaje agreste de color ocre no cambia y se puede ver la misma montaña aunque hayan pasado horas de recorrido, debido a la vastedad y amplitud del altiplano. El calor es aún más sofocante e invade el bus cada vez que se abre la puerta, la ropa se pega al cuerpo y la falta de aseo personal propia de los viajes largos se suma al cansancio y la incomodidad de no poder usar el baño. En la noche el frío atraviesa los huesos y los pasajeros reciben la madrugada entre tiritones.

Los caminos al desierto de atacama en este país alargado, se extienden por cientos de kilómetros de rectas y son perfectos para desarrollar velocidades altas. En la monotonía de la alta velocidad, de cuando en cuando una curva batía la puerta del supuesto inodoro dejando escapar en toda la nave el olor a orina acumulada hasta ese momento y hacía escuchar el rítmico sonido del líquido al interior del estanque del baño químico que matizaba el inacabable gruñido de la pesada máquina de motor trasero que aportaba al ambiente algo de olor a petróleo.

Los auxiliares y conductores solían dormir en el espacio del maletero, por algunas horas para turnarse y descansar en el largo y extenuante viaje. Era un espacio metálico poco más alto y poco más largo que un ataúd con salida a ambos costados del bus por sendas escotillas.

Ya por la noche, en una parada breve se produjo el esperado cambio de turno y Aladino se retiró al descanso. Depositó su cuerpo sobre la colchoneta de tevinil azul tendida en ese pequeño espacio del maletero.

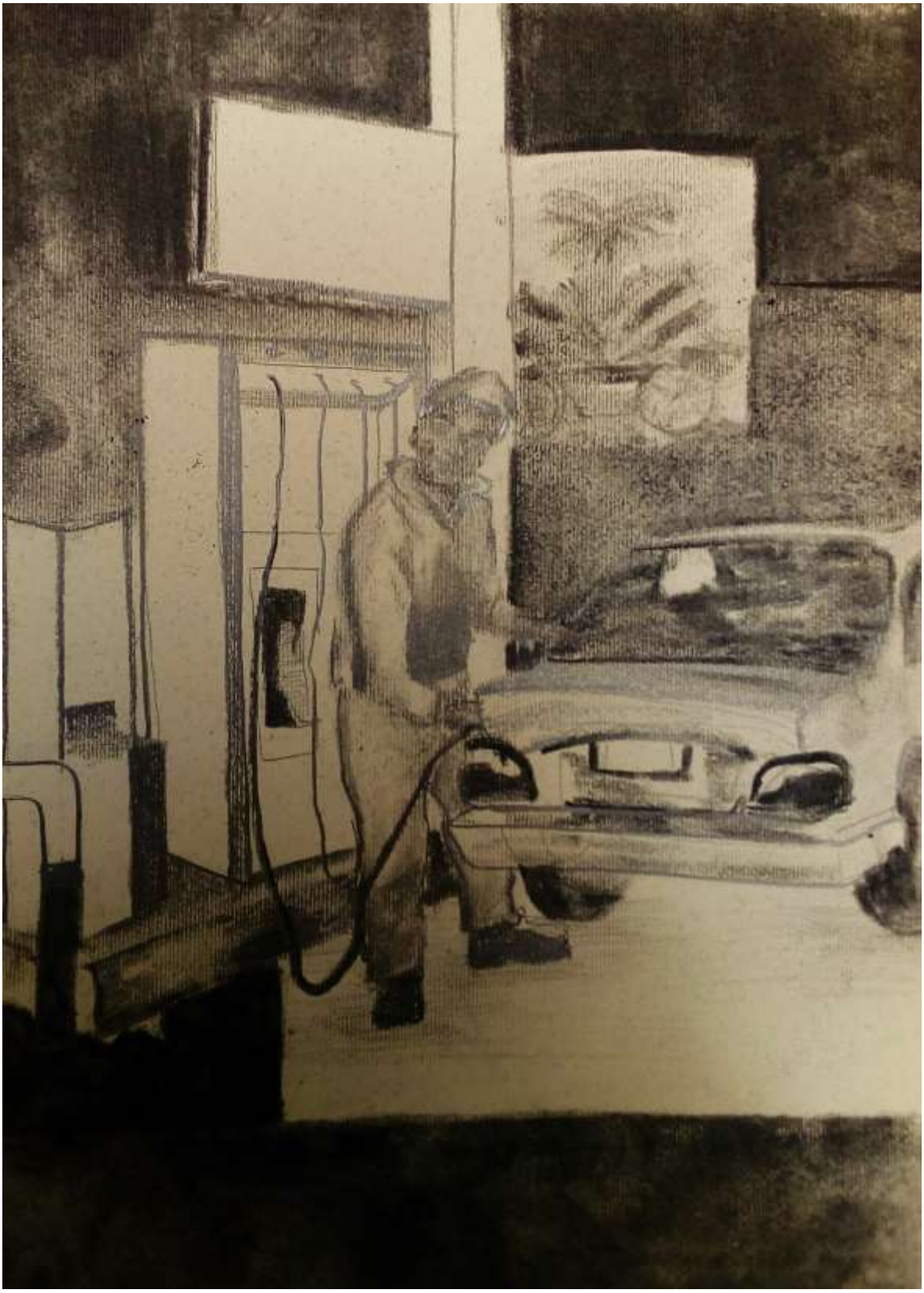
El viaje continuó por la carretera recta, monótono en el exceso de velocidad hasta una curva pronunciada donde el camino se inclinaba sobre un terraplén a unos cuatro metros del suelo. Sin menguar su aceleración el conductor tomó la curva. Ese día la puerta del maletero quedó mal asegurada y al abrirse la fuerza centrífuga no tuvo resistencia alguna en el latón de metal extremadamente pulido del portamaletas. El auxiliar salió catapultado limpiamente hacia afuera de la veloz máquina sin que nadie se diera cuenta.
Aun sin despertar, su vuelo se alargó en el tiempo por varios segundos y se prolongó en el espacio deslizándose en el aire en medio de la noche iluminada por la luna llena, como un personaje de las mil y una noches, en su alfombra de tevinil azul con una bóveda de estrellas en el limpio cielo del desierto de Atacama.



COSAS DE LA VIDA

Los blancos dientes de Dumond iluminaron su rostro de hombre negro, prodigando una amplia y bondadosa sonrisa, mientras una pequeña cadena dorada daba varias vueltas en su muñeca contrastando con la piel de la mano, que asía el extremo del dispensador de gasolina. La voz de sus ancestros africanos cruzó los continentes, mezclada con siglos de dominación francesa en un Creol tan nuevo como inentendible a mis oídos. -Gaz sa ou bezwen?- , a su interrogante varios intentos propios le siguieron - Gasolina 95 por favor -, -Mwen pa konprann- replicó con un amable gesto y algo de aflicción, finalmente le lancé un atropellado -Do you speak English?- A lo que Dumond respondió con una sonrisa de satisfacción y orgullo -yes- , replicó.

Mientras hablábamos en la lengua de Shakespeare fluidamente, pude llenar el estanque de mi vehículo y pagar con mi tarjeta de crédito, mientras entre ruidos y bocinazos me contaba... -Cuando estaba en Haití podía elegir lengua extranjera en el colegio, una era español por la cercanía de República Dominicana y la otra Inglés, pero elegí la segunda porque es más internacional, entonces no sabía que vendría aquí -ríe- y no hablo ni una palabra... -vuelve a reír, suspira mientras sus ojos negros parecen mirar al horizonte hasta el mismo Haití, -las cosas de la vida- replica mientras corta el surtidor y me devuelve las llaves del auto.



MARÍA REPOLLO

Pareciera ser que cuando el hombre elige para dar al prójimo entre amor y sufrimiento, pertinazmente elige siempre el sufrimiento. Es la tendencia humana que se impone casi siempre en la pugna entre la mitad animal y lo que nos toca de Dios.

¡María Repollo!!, ¡María Repollo! ¡María Repollo!! corearon en grupo el puñado de niños a la escuálida figura de María, mientras ella a lo lejos desplazaba lentamente su cuerpo delgado, caminando sobre el desnivel ondeado del arenal gris con un ligero vaivén, arrastrando a medio poner sus alpargatas de cáñamo a punto de desarmarse que apenas protegían sus pequeños pies .

El pequeño cuerpo de María contraído como con frío, se cubría con una charlina negra que llegaba más abajo de sus rodillas dejando colgar negros flecos que se arrastraban hasta el suelo semejando un espectro. Bajo ella se dejaban ver los puños y el pecho de lo que un día fue una blusa blanca, abotonada hasta el cuello como si fuese un cerrojo.

Su pelo negro, sucio y desgreñado bajaba hasta su cuello sin alcanzar a tocar los hombros, en parte, sin opacar su aún no tan lejano atractivo femenil. Las manos y finos dedos de María daban cuenta de una mujer joven de a lo más, 35 años. Su rostro era blanco, flaco casi al punto de calavera y desde sus ojos hundidos y apagados escapaban miradas que reflejaban arrepentimiento y dolor por su infausto destino, al tiempo suplicando comprensión y algún gesto de amistad.

Caminó solitaria hacia el micro basural con lentitud, como para que nadie la viera. Como un animal nocturno que se alimenta durante la noche sin esperar encontrarse con nadie dirigiéndose al llamado cachureo, el lugar de depósito de la basura vecinal, cuyo hedor se mezclaba con el olor de las matas de palqui que crecían profusa y porfiadamente entre los desperdicios. Las moscas sobrevolaban el basural y se posaban una y otra vez entre cascaras de tomates, ollas rotas y restos de papel, sobresaliendo en el montículo de desperdicios una oxidada y abollada cocina a parafina. Había También cáscaras de melón que algunos de los niños usaban como sombrero mientras el jugo tibio les bajaba por detrás de las orejas hasta los hombros.

Mientras se entretenían con la figura sombría de María, uno de ellos replicó. -Hagamos que llore... es fácil... siempre lo hace.- ¡María Repollo! ¡María Repollo!! ¡María Repollo!! Volvieron a corear en grupo mientras la miraban de lejos. -Es puta, se acuesta con cualquiera.- replico uno de los muchachos, otro agregó: ¡Esta loca, es enferma!

¡María Repollo! ¡María Repollo! ¡María Repollo!! Prosiguieron. -¡La echó el marido!- dijo un tercero, ¡Tiene tuberculosis! Agregó el cuarto, mientras tocaba a degüello en una

sonda rectal que encontró en el basural y que le servía de trompeta. Ninguno se le acercó, Nadie profirió una palabra amable, ninguno un gesto fraterno, solo distancia y crueldad.

Con su rostro sombrío se sentó sobre el basural como habitante única de una isla desierta, hurgando con timidez a su costado hasta encontrar una cebolla a medio podrir que comenzó a morder entre sollozos. ¡María Repollo! ¡María Repollo!! ¡María Repollo!! Un muchacho más grande trajo una rata muerta y se la arrojó desde cierta distancia colgando de la gruesa cola, imitando el gesto de los soldados de las películas cuando lanzan una granada al enemigo.

María no dijo ni una mala palabra, ni lanzó algún gesto de odio. Sus sollozos se transformaron en un grito ahogado y luego en un llanto amargo sin lágrimas, que no pedía explicaciones, tal vez cansada de sufrimiento, harta de malos tratos y sin fuerzas para pelear. Mientras los muchachos se alejaban, quedó solitaria llorando tendida boca abajo abrazando el basural.

CON LA FRENTE EN ALTO

Aquel día de sol en Santiago se inició con incertidumbre. Desde antes del amanecer la normalidad se había interrumpido y Vicente caminaba al inicio de su jornada por una antigua calle de adoquines, con las manos en los bolsillos de su grueso abrigo y su sombrero al ojo estilo Gardel. La ciudad se va poniendo en marcha como el bostezo final de alguien que no quiere levantarse y los indigentes que durmieron en la calle comienzan a levantar lo que quiera que usaron para protegerse de la escarcha y a caminar con sus carritos en busca de cartón, papel o algo caliente para beber o comer.

Vicente camina entre varios de ellos hasta llegar a la Plaza de armas, desde cuyo extremo puede divisar el edificio del Correo Central de Santiago, oficina que monopoliza el movimiento postal del país. Se encuentra ubicado en el costado norte de la Plaza de Armas de Santiago a un costado del Museo Histórico.

Vicente camina lento y se detiene un par de veces a escuchar las noticias que comparten algunos transeúntes desde radios a pilas y que relatan los últimos acontecimientos de la mañana, el movimiento del ejército, la marina y la aviación para deponer el gobierno.

El sol pasa sobre la plaza de armas describiendo un arco que ilumina el frontis del edificio de correos solo por un par de horas y aunque calienta mucho los viejos portones de gruesas maderas talladas de la catedral de Santiago, entra brevemente por las ventanas del vetusto edificio de correos al lado de lo que fue el cabildo mientras una gran estatua del conquistador Pedro de Valdivia, solemne y señorial parece cabalgar desde la esquina de la plaza hacia el poniente, hacia el atardecer en el mar. Ciertamente el caballo parece mirar de reojo las puertas del correo y el conquistador lanza alta su mirada hacia el poniente como diciendo, -¡manden para allá las cartas!-, -¡para allá hay que ir!- o anunciando anticipadamente los acontecimientos que sobrevendrían.

Se acomodó Vicente en su despacho aprovechando al máximo también por un par horas los rayos del sol que calentaba la fría y pequeña oficina que ocupaba en el tercer piso. El edificio construido sobre los cimientos del antiguo Palacio de los Gobernadores, fue la residencia de los presidentes de la República hasta que la casa de gobierno se trasladó al Palacio de La Moneda adoptando desde entonces un estilo neoclásico de influencia francesa.

El sol entraba desde la pequeña ventana y reflejaba un haz perfecto entre el polvo y algo de humedad, posándose en una escasa porción del escritorio entre papeles, tinta y viejos timbres oficiales de correos que cohabitaban ese espacio con carpetas que intentaban escapar por las hendijas de los cajones de un antiguo cardex metálico del inventario fiscal. La pequeña ventana permitía además ver desde arriba la plaza de armas, las estatuas y, de reojo a la distancia La Moneda, el palacio de gobierno. Vicente rondaba los 40 años.

Santiago es reconocido por su calor abrumador en verano, se tiene la sensación de que el aire caliente brota desde el suelo y los santiaguinos empiezan en Septiembre a pensar en un cambio de ambiente o abandonar al menos por un día el calor insoportable y pegajoso de la ciudad viajando solo o en familia hacia el poniente, hacia la costa, hacia la playa.

Vicente vivía en la periferia de Santiago, un lugar yermo, estigmatizado por la pobreza en una sociedad de clases fuertemente marcadas. Allí el suelo erosionado deviene en quebradas y zanjas que acumulan la basura cotidiana de los campamentos de los más pobres, en verano el calor hace que sea un horno, y se camina entre perros y códigos de los delincuentes que te permiten entrar o salir indemne diariamente. Simpatizaba con las ideas que hablaban de la unidad de los trabajadores para conseguir un futuro mejor y se sentía cercano a la izquierda y al gobierno. Por ello, asistió a mítines y concentraciones y escuchaba con atención e interés los debates políticos entre momios y upelientos como si fuera un partido de la selección nacional. Trabajar en correos con su terno negro y chaleca de manga corta, típica de los funcionarios públicos significaba la estabilidad de un funcionario fiscal. Era un puesto que muchos querían, alejado de los despidos y las fluctuaciones de la economía. Vicente llegó a este puesto por un favor político. Los políticos especialmente de izquierda colocaban a sus seguidores más allegados especialmente en este servicio público, el cual tenía una planta enorme financiada por el estado.

Acercándose el verano, Vicente escribió una carta respetuosa al jefe de correos solicitando el traslado a la costa a 120 km de la capital .Pensaba que al inicio del próximo año estaría allí y podría ver la llegada y salida de los gigantescos barcos mercantes hacia diversas partes del mundo, que soñaba ver desde las dependencias postales de ese litoral.

Se usaba profusamente en esos días en forma coloquial el trato de “compañero” en las oficinas públicas proclives al gobierno y entre los simpatizantes de este, para colocar un acento progresista y diferenciarse de los “momios” o conservadores. También significaba compromiso, con el gobierno y con los partidos de izquierda.

Mientras Vicente caminaba hacia su despacho, ya desde las 6 de la madrugada, se estaba desarrollando un movimiento militar que horas más tarde depondría al presidente de la república, no obstante Vicente coherente con lo que consideraba su compromiso de clase lo impulsó a dirigirse a su trabajo como siempre, al segundo piso del histórico edificio.

A las 11:00 de la mañana desde el segundo piso escuchó dolorosamente en sus oídos el ruido atronador de un caza supersónico pasar en vuelo rasante por sobre su techo, los vidrios temblaron y seguidamente escuchó las explosiones en el palacio de gobierno que ya habían caído a unas cinco cuadras, mientras observaba por la pequeña ventana como el avión ascendía casi verticalmente hacia el oriente, hacia la cordillera.

Después de algunas horas de agitación y entre llamados de los dirigentes sindicales a concurrir a la moneda él continuó con su trabajo. La junta militar ordenó un toque de queda desde las 14:00 hasta el día siguiente a las 9:00, Vicente no podría volver a su casa ese día en todo caso, nunca pensó en irse antes del término de su jornada, pero tuvo la precaución de eliminar de su oficina todo distintivo del gobierno depuesto, afiches, su carnet del partido, la foto del presidente que había en su despacho. A las 15:30 se presentó un destacamento militar el cual procedió a formar a todo el personal del primer piso entre gritos y órdenes procediendo a quemar en la vereda los libros de "cubismo" por ser de cuba, los volúmenes de "Tchaikovsky" porque sonaba a ruso y regresando a su estante la "cantata Santa María de Iquique", por ser de corte religioso y espiritual.

Comenzó la revisión de dependencias una por una, buscando dirigentes políticos del gobierno depuesto, literatura e indicios que delataran la participación en algún plan o conspiración. A las 16:00 entró a la oficina de Vicente un sargento bajito, gordo y con aire campesino quien creyéndose dueño del mundo, dejó su escolta afuera del umbral e ingresó "como a su casa" mirando todo con ojos de lince. De pronto su mirada se clavó sobre el escritorio y el paquetito de cartas que había dejado el estafeta por la mañana. Revisó los remitentes de las cartas una por una hasta detenerse en una, con el logo oficial de correos de Chile, que decía: "Al compañero Vicente García". Dejó escapar un bufido como el de un toro frente a la capa del torero en el clímax de la corrida y su rostro mudó al rojo, dando un grito potente como cuando ordenaba a sus soldados. ¡Así que "compañero" el huevoncito… y tan tranquilito que te veíai comunista de mierda, a ver que te dicen tus "Compañeros" chucha de tu madre. Llevó su mano al cinturón de combate y extrajo con la pericia de un samurái su corvo, cuchillo curvo cuya vaina va abierta en el lado del filo, para facilitar su salida y con la punta abrió aparatosamente el sobre. La carta informaba -."Al compañero Vicente García: junto con saludarlo informamos a usted que su traslado al departamento costero, ha sido denegado por necesidades del servicio" firma, Director Nacional Correos de Chile.

Vicente de pie entre el escritorio y el asiento bajó la cabeza, no esperaba esa respuesta a su petitorio de traslado solicitado días antes, quería ansiosamente cambiarse a la costa.-. ¡Pero nosotros, agregó el sargento con una sonrisa, queremos un nuevo Chile, uno más justo y que cumpla los anhelos de las personas ,así que nosotros te trasladaremos a la costa! .Después de un par de órdenes a todo pulmón subieron un par de conscriptos a toda carrera por la escalera empuñando sus fusiles automáticos, mientras uno amarraba por la espalda las manos de Vicente con alambre, el otro colocó una negra capucha sobre su cabeza. Mientras lo llevaban a a empellones el sargento ordenó desde el peldaño superior de la escalera, ¡trasladen al señor García a Tejas Verdes!!, en alusión al campo de prisioneros habilitado desde la madrugada de ese mismo día en la costa. Ya casi sin la luz del día, el camión militar llevando a Vicente y una veintena de otros prisioneros a toda velocidad era el único vehículo en la carretera rumbo a la costa, mientras el cielo del poniente se teñía de nubes en tonos naranjas y rosados.

Aquella noche Vicente sufrió los rigores del campo de prisioneros y ya por la mañana el suboficial del campo un tal Fuentes, procedió a hacer el chequeo de los prisioneros recién llegados con la lista en la mano, por orden de abecedario y de acuerdo al motivo político por el cual cada uno había sido destinado allí. Al llegar a la letra G se detuvo en García, Vicente; y achicando los ojos exclamó-. ¡Oye Lagarto, soi voh!?- Vicente volvió en medio segundo doce años atrás en el tiempo. Recordó cuando había sido soldado conscripto en ese mismo regimiento, y como hacía también doce años que no escuchaba su apodo, "Lagarto". Había sido soldado destacado, valiente, cumplidor, y aguerrido y junto con Fuentes compañeros inseparables. También recordaba la despedida, un apretado abrazo en la puerta del cuartel al término del servicio militar. Fuentes se quedó en el regimiento a hacer carrera y Vicente tomo la vida civil a pesar de una impecable hoja de servicios con la que se licenció como oficial de reserva. Soy yo "Mapache" respondió Vicente- ¿Cómo que Mapache!?-. Págame 50 de piernas por huevón. Soy el suboficial Benigno Fuentes, responsable de este campo replicó hinchando su pecho como un palomo.

Mientras Vicente ejecutaba 50 sentadillas, Fuentes se acercó y le preguntó en voz baja, -Oye Lagarto, vení sin motivo en la lista -.¿Qué estai haciendo con estos delincuentes comunistas?.- No lo sé mi suboficial, venía saliendo del trabajo y me subieron al camión respondió Vicente en tono humilde, obviando el episodio de la carta, -. ¡Aguanta no más lagartito! -. Yo te conozco y sé que eres un hombre de bien, voy a hablar por ti con mi coronel el director de este regimiento… con cuéa te saco de aquí a la tarde. En la sentadilla número 49 fuentes gritó ¡alto! no permitiendo que completara las cincuenta ordenadas como una deferencia especial.

Vicente estuvo el resto de la mañana encerrado en una casucha de lampazo donde cabían unas cinco personas, pero había diez, con la orden de no levantarse a más de un metro del suelo y miraba el sol del mediodía por una hendija. La gran sombra proyectada por unos enormes eucaliptus aledaños al perímetro del campo no permitía que el sol calentara el pequeño cubículo y el hambre hacía horas que se había revelado en el estómago de Vicente anidándose allí junto a la incertidumbre y la ansiedad. Por la misma hendija, divisó a Fuentes cruzar el patio con una carpeta de cartón con una docena de papeles colgantes a paso militar, rápido rumbo a las improvisadas celdas que eran custodiada por nidos de ametralladoras en las esquinas del campo.

Fueron saliendo uno o dos prisioneros por cada casucha al llamado de la lista, tres al trote al helicóptero con las manos sobre la cabeza, los otros al camión todos sin saberlo a su último viaje. ¡Abra! Ordenó a un conscripto que a toda carrera se dirigió a la casucha de Vicente, ¡García salga! Ordenó, le costó ponerse de pie tras largas horas sentado o en cuclillas y la luz del mediodía le cegó, casi no podía ver y comenzó a tiritar sin saber si era de frío, hambre o miedo. ¡Venga conmigo!, agregó Fuentes con voz firme simulando no conocerle. Vicente caminó unos minutos en silencio con Fuentes, debiendo trotar a ratos para seguirle el paso hasta el jeep del suboficial -súbete Lagartito- dijo afectuosamente

-le hablé de ti a mi Coronel y está de acuerdo en que te vayai a tu casa, pero antes quiere hablar contigo, hacerte unas preguntitas. Si le caes bien tal vez hoy mismo duermas en tu camita "Lagartitooo"-. bromeó prodigándole una enorme sonrisa mientras encendía el motor y se dirigía raudo llevando a Vicente a las oficinas del Coronel, el comandante del regimiento y del campo de prisioneros, la autoridad superior con atribuciones de vida y muerte.

El jeep estacionó frenando bruscamente frente a las dependencias del alto mando, una casona patronal colonial de tres pisos de gruesas paredes donde Fuentes se bajó rápida y marcialmente casi sobrecorriendo indicando a Vicente, ¡me sigues dos pasos detrás! . Vicente obedeció tomando el paso militar siguiéndolo a un metro de distancia con la marcialidad de cuando fue soldado. Tras varios puestos de guardia por laberinticos pasillos en la semi-penumbra de la casona, ambos llegaron a la pequeña y gruesa puerta de la época colonial, tallada con copihues y flores autóctonas, tras la cual se encontraba el Coronel, quien a la postre sería tristemente recordado como la máxima autoridad de la inteligencia política del país.

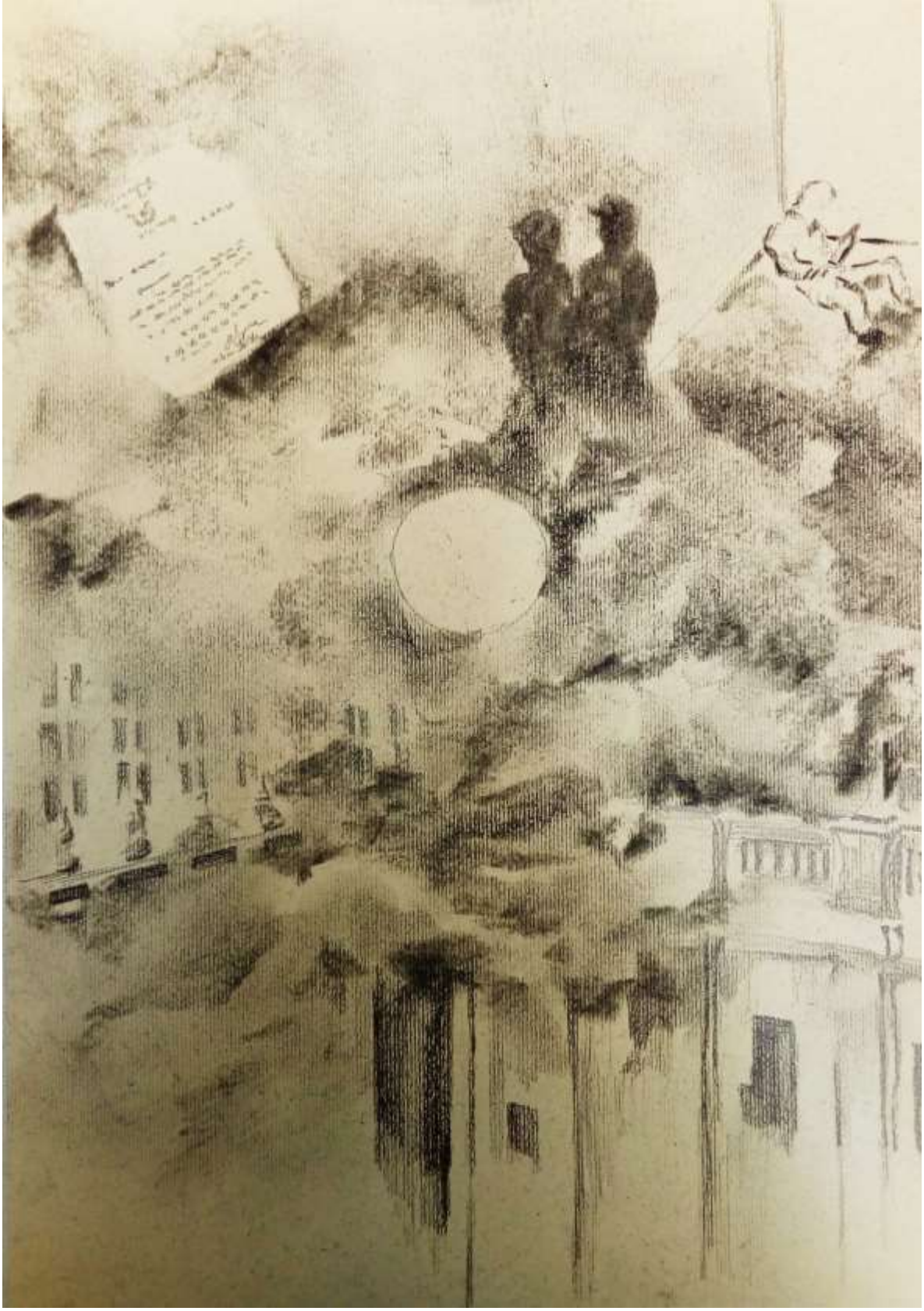
Vestido en tenida de combate, pistola automática al cinto y su casco sobre la mesita de apoyo, bajo la tenue luz amarilla de una pequeña lámpara. Tenía la pared llena de mapas de operaciones sobre objetivos político-militares de la zona costera y sobre su escritorio altos de papeles y resoluciones. -¡adelante señor García! Profirió con toda cortesía el Coronel. -Tome asiento.- El Mapache me ha hablado de usted y le tiene en mucha estima, me dice que trabajaron juntos y que usted es un patriota y fue buen soldado, continuó- como usted sabrá el Mapache es mi brazo derecho en eso del campo de prisioneros, una tarea ingrata que las fuerzas armadas han tenido que asumir para extirpar el cáncer de nuestra patria.- ¿quisiera un té?, Vicente asintió e inmediatamente dio las gracias, hacía más de veinticuatro horas que no comía nada, y el dulzor del té le supo a gloria a la par que la fina loza de la taza le calentaba las manos, -Mire García, prosiguió, aquí tengo su expediente militar de cuando hizo el servicio, ¡impecable! Me extraña que no siguiera la carrera de soldado, ¡que desperdicio! , mire al Mapache y mírese usted mendigando trabajo y ahora entre esa chuzma de indeseables. Vicente bajó la cabeza.

El Coronel comenzó a escribir en un papel amarillo oficial -no tengo inconveniente en que se vaya a su casa, estoy escribiendo la orden y aquí tiene su salvoconducto ya que estamos en toque de queda, hizo una pausa… pero García… quisiera verlo mañana. Usted es oficial de reserva y sería muy útil contar con hombres como usted, preséntese a las 11:00, puede retirarse. Vicente se levantó apesadumbrado, no estaba seguro si por el cansancio, el hambre, el nerviosismo o la propuesta final del Coronel. Había visto lo suficiente como para no desear ser parte de la nueva situación impuesta en el país, por otra parte tampoco quería volver al campo de prisioneros. Si no obedecía la orden del Coronel podría ser tomado como fuga o deserción con previsibles consecuencias.

Con una madeja enredada de pensamientos, sin dinero y con hambre encaminó sus pasos a la casa de la hermana de su padre, único familiar que vivía en la costera ciudad y que podría prestarle temporal refugio como cuando era un conscripto adolescente, para no dormir en la calle y algún dinero para comer. Pensó y pensó con angustia y miedo durante toda la tarde que podría hacer, como zafarse de la situación que lo había puesto en un destino que no quería asumir. De sus cavilaciones surgió una idea.

A las 11 horas del día siguiente un alboroto era la novedad del puesto de guardia a la entrada del regimiento -déjenme pasar tales por cuales, tengo una cita con mi Coronel -exclamaba un hombre completamente ebrio, con la camisa afuera y la chaqueta a medio poner- Mi coronel hay un hombre afuera que dice que tiene una cita con usted pero esta curao- Informaban los subalternos mientras el alto oficial recorría dependencias cercanas, dice que se llama Vicente García. El oficial caminó hacia la guardia y contempló la pobre figura de Vicente completamente ebrio y oliendo a vino tinto. Parecía que se había bañado en vino; hasta su ropa tenía grandes manchas del popular mosto -¡Como te presentas así infeliz! profirió el Coronel. -¡Cabo, tráigame su carpeta está en mi escritorio! El cabo volvió a toda carrera con la carpeta militar de Vicente -¡Mira huevón- le decía mientras hacía añicos la carpeta, me das vergüenza, no eres oficial de reserva, no eres soldado! ¡Eres un maldito y mugriento paisa, da gracias que no te vuele aquí mismo la cabeza!-. Dijo sacando la pistola de su funda color ocre apoyándola en la cabeza de Vicente mientras lo sujetaba de la corbata -¡Echen de aquí a este chucha de su madre, no quiero ver otra vez tu rostro, infeliz!-. Dos soldados lo tomaron de ambos brazos y lo llevaron más allá de la barrera de salida dejándolo caer de golpe levantando una profusa polvareda que se adhirió a la ropa y rostro de Vicente. Se levantó como pudo, se sacudió y tambaleante se alejó para siempre del que había sido en su ilusión de mozalbete su querido regimiento.

-¡Así hoy vivo tranquilo y duermo bien, me decía un octogenario Vicente mientras pintábamos de amarillo las tablas de mi casa, con la mirada de un niño en sus ojos verdes!-. ¡Camino con la frente en alto y espero la muerte en paz! Meses después falleció durante el sueño, tranquilo y feliz como los hombres buenos dejándome el regalo de su historia.



EDITORIAL CUADERNOS DE SOFÍA

SOBRENATURALL

JOSÉ LUIS REYES LOBOS

José Luis Reyes Lobos, Doctor en Política y Gestión Educativa; Magister en Administración y Gestión Educacional; Profesor y Licenciado en Historia; Profesor y Licenciado en Inglés; ha desarrollado sus estudios de pre y postgrado respectivamente en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Universidad de Santiago de Chile y Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación, cuenta con publicaciones recientes en el área de la prospectiva estratégica y prospectiva educativa, es parte de comités científico y par evaluador en revistas chilenas y extranjeras, ha formado parte de equipos de investigación y de proyectos Fondecyt ; Invitado con pasaporte oficial a la República de Corea del Sur donde obtiene importantes distinciones. Actualmente se desempeña en el Ministerio de Educación de Chile, Provincial San Antonio.

Portada: Montserrat Zavala

Colección 221-A…

La habitación de al lado de Holmes